

taba ya numerosos partidarios. La duquesa apenas tuvo tiempo para refugiarse medio desnuda á la ciudadela. A ésta acudió la Valette; el marqués de Leganés á la ciudad. Batíanse desde estos puntos unos y otros, hasta que por mediacion del nuncio del papa, Caffarelli, se ajustó una tregua desde el 10 al 14 de octubre. En este intermedio murió el cardenal de la Valette (28 de setiembre), consumido de melancolía al ver el mal estado de los negocios de Francia en la Saboya. Reemplazóle en el mando del ejército de Italia el conde de Harcourt, que tan pronto como espiró la suspension renovó arduosamente la guerra, despidiendo al nuncio del papa para no oír sus proposiciones de mediacion. Y en efecto, la resolucion é intrepidez del de Harcourt hizo variar algo tanto el aspecto de la guerra al terminar el año 1639.

Veamos ya lo que pasaba en el interior de nuestra España, á las puertas y aun dentro de nuestra nacion, interesado el príncipe de Condé en vengar el infortunio y lavar la afrenta recibida el 1.º de setiembre de 1638 delante de Fuenterrabía, encargado, como dijimos, por Richelieu de invadir el Rosellon, aprestóse á ello con cuantas fuerzas las atenciones de otras partes permitieron á la córte de Francia suministrarle. En vano el conde de Santa Coloma, virey y capitán general de Cataluña, observando los movimientos de los franceses, avisaba de ellos y pedía que se abastecieran y guarnecieran convenientemente las plazas del Princi-

pado y del Rosellon, de las cuales algunas, como Salces, se hallaban defendidas por poca gente y bisoña, mandada por un gobernador achacoso y anciano. El conde-duque de Olivares, ó por indolencia, ó por antiguo resentimiento de los catalanes, no hizo gran cuenta de los avisos de Santa Coloma. Asi, apenas el ejército francés se puso en marcha desde Narbona (mayo, 1639), los españoles abandonaban los fortines y se retiraban á Perpiñan. Cuando el duque de Halluin que entró por el Grau con diez y seis mil hombres (9 de junio), se acercó al casi inaccesible ó inexpugnable castillo de Opol, el gobernador, que era flamenco, le entregó cobardemente, bien que pagó en Perpiñan en un cadalso la pena, acaso no tanto de su cobardía como de su traicion. Hallando el general francés algunas dificultades para ocupar y franquear el collado de Portús, dióse á talar y saquear la provincia, y puso despues sitio á su gente á la importante plaza de Salces, mandada á construir por Carlos V. para defender la entrada en Languedoc, cercándola inmediatamente de trincheras y baterías.

A escitacion del conde de Santa Coloma, que no cesaba de avisar del peligro que corria el Principado si el Rosellon se perdía, avivóse el patriotismo de los catalanes, y ya que no de la córte, de toda Cataluña acudieron socorros, dando la primera el ejemplo Barcelona, en defensa de la patria. En menos de un mes se juntó en Perpiñan un ejército de mas de diez mil

catalanes, todos animosos y entusiastas, pero jóvenes y bisonos los mas, y que por lo mismo necesitaron ejercitarse en el manejo de las armas antes de poderse contar con ellos para batir al enemigo. Y sin embargo, en el primer encuentro que con él tuvieron mostraron ya el reconocido arrojo y bélica aptitud de aquellos naturales. Asi los hubieran imitado el gobernador y la guarnicion de Salces, que á escepcion de unos pocos valientes, que supieron pelear y morir como héroes, los demas defendieron tan flojamente la plaza y se condujeron con tanta cobardía que la rindieron sin necesidad por capitulacion; y la prueba de ello fué que el gobernador no se atrevió á volver á España, temeroso de correr la misma suerte que el de Opol.

El conde de Santa Coloma, que se hallaba ya en Perpiñan, tampoco daba muestras de resolverse á impedir los progresos del enemigo. ^{es} que tenia orden de esperar la llegada del ^{es} de los Balbases y del de Torrecusa con el ^{es} de Cantabria. Pero el genio impetuoso y vivo de los catalanes no podia sufrir aquella inaccion, censurábanla sin rebozo, y á gritos decian que ni el Principado habia hecho tan enormes gastos, ni ellos eran idos para perder su reputacion y estar viendo á los enemigos talar impunemente los pueblos. A esto se limitaba por su parte el ejército francés, notablemente menguado por las enfermedades. Ellos se enriquecian con el saqueo, el

virey español no los acometia, y los catalanes se desesperaban. Llegó al fin el marqués de las Balbases (4.º de setiembre, 1639), y á los catorce dias salió de Perpiñan nuestro ejército, compuesto de tres mil caballos y dos cuerpos de diez mil infantes, el uno de catalanes todos, mandados por el conde de Santa Coloma, el otro de aragoneses, valencianos, castellanos, napolitanos, walones, modeneses é irlandeses, conducido por el marqués de los Balbases. El general francés duque de Halluin, mariscal de Schomberg, se retiró á Francia en busca de refuerzos; dejó Condé de gobernador en Salces á Mr. de Espenan, oficial muy distinguido por su valor y prudencia.

Despues de una sorpresa que los nuestros hicieron al enemigo en Rivasaltas, y que le obligó á encerrarse en las fortificaciones, comenzaron los trabajos del sitio. Los franceses habian fortificado el castillo en términos que ^{es} haberle hecho inexpugnable. Trabajaban y peleaban los catalanes con admirable actividad é indecible ^{es} rojo; por lo mismo fué mucho lo que murmuraron y se quejaron del marqués de los Balbases cuando les mandó suspender las operaciones. No se avenian ellos con tal lentitud y con semejantes disposiciones. Cuatro salidas que los sitiados hicieron fueron rechazadas con un valor desesperado. No faltaba al parecer razon á nuestros soldados para quejarse de la apatía de los generales. Mientras las enfermedades contagiosas diezaban nuestro campo, ó por

mejor decir, le terciaban, porque llegaron á morir hasta ocho mil soldados, el príncipe de Condé que habia estado reuniendo tropas en Narbona, se acercaba con veinte mil infantes, cuatro mil caballos y doce piezas de campaña. Túvose con este motivo consejo de generales, en el cual, despues de varios y encontrados pareceres, como por lo comun acontece, se resolvió mantener el honor de las armas españolas, permanecer en el campo, continuar el sitio y pelear hasta morir con cuantos enemigos viniesen, fuera el que quisiera su número. Tambien á los nuestros les llegaban cada dia reclutas de Aragon, Valencia y Cataluña. El duque de Maqueda, general de la armada que se hallaba en Rosas, envió dos mil veteranos y trescientos mosqueteros de los galeones y galeras. Con este refuerzo y con algunas obras que construyeron se prepararon á recibir al enemigo.

Al tiempo que éste se acercó, á saber del 24 de octubre (1639), una copiosa lluvia inundó nuestro campo, deshizo varias de las trincheras y cegó las minas, pero tambien imposibilitó á los franceses de acercarse. El 4.º de noviembre se presentó otra vez Condé con su ejército, resuelto á forzar nuestras líneas. El regimiento de Normandía, célebre por su intrepidez y valor, y cuya bandera habia ondeado triunfante en cien batallas, fué el primero que acometió las trincheras en medio de un vivísimo fuego de nuestra artillería y mosquetería; llegaron algunos á

ponerse sobre ellas, pero casi todo el regimiento quedó sepultado en el foso. El de Tolosa que le siguió sufrió tambien gran pérdida, y del de Roqueleure que quiso forzar una media luna solo quedaron vivos cuatro capitanes. El pánico se apoderó de los franceses como en Fuenterrabía, y huyeron como alli en desorden, sin que bastáran á detenerlos los esfuerzos de los oficiales.

Despachó entonces el de los Balbases un trompeta al gobernador de la plaza d' Espenan, intimándole la rendicion y ofreciéndole una capitulacion honrosa. Mas como la respuesta del francés fuese que no se rendiría hasta que le faltáran todos los recursos, se determinó esperar con paciencia á que el hambre le forzara á rendirse, y se pasaron dos meses sin disparar un tiro, hablándose familiarmente sitiadores y sitiados. Dió esta conducta lugar á que los catalanes sospecharan y lo tomaran asi, que estaban siendo objeto y víctimas de malos tratos, lo cual produjo lamentables desacuerdos y contestaciones entre los mismos gefes, que hubieran parado en formal escision á no haber aplacado los ánimos el marqués de los Balbases. El 23 de diciembre, viéndose Espenan sin víveres y con muchos enfermos, pidió capitulacion, á condicion de que si no recibia socorros para el 6 de enero entregaría la plaza, saliendo con todos los honores de la guerra. Firmóse asi, y como los socorros no llegasen, el dia convenido evacuaron los franceses la plaza

de Salces, y guarnecida por una parte de nuestro ejército, retiróse el resto á invernar en Rosellón y Cataluña. Tan malhadado fin tuvo la famosa empresa del príncipe de Condé sobre el Rosellón en 1639 (4).

Ocupadas nuestras armas de la manera que hemos visto en las tierras del Rosellón, de la Italia y de los Países Bajos, tampoco habían dejado la Francia y su gobierno estar ociosa la fuerza marítima de España. El arzobispo de Burdeos, jefe de la flota francesa del Océano, presentóse primeramente con sesenta velas delante de la Coruña; pero habiendo hallado cerrado el puerto con una cadena de gruesos mástiles bien trincados con fuertes gúmenas y argollas de hierro de uno á otro de los dos castillos que le defendían, hubo de renunciar á la empresa, contentándose con disparar de lejos algunos cañonazos á la plaza. Corriéndose de allí al Ferrol, desembarcó alguna gente, que fué rechazada, no sin reñida batalla. Costeando despues hácia Vizcaya, acometió á Bayona, hizo desembarcar dos regimientos, él mismo dijo misa en la iglesia de la villa, y se retiró á las navés llevándose algun botín (14 de agosto, 1639). De los dos galeones que había en la rada apresó uno; el otro fué quemado por los mismos que le montaban para que no cayera en su poder. Amagó luego á Santander, é incen-

(4) Soto y Aguilar refiere con bastante exactitud el suceso del sitio de Salces.—Sucesos principales de la monarquía de España en 1639: Arch. de Salazar, A. H.—Le Vassor, Hist. de Luis XIII.—Limiers, Hist. del reinado de Luis XIV. tom. I, lib. I.

dió los astilleros. Los temporales deshicieron aquella flota que tanto daño había intentado causar. Cuando el arzobispo de Burdeos acometió los puertos de Castilla, el de Burgos recogió cuanta gente de armas pudo, y salía ya al encuentro del prelado francés. ¡Singular manera de cumplir con los deberes del apostolado la de estos dos gefes de la Iglesia, principalmente por parte del mitrado marino de la Francia, casi ya á mediados del siglo XVII!

Peor suerte tuvimos con la escuadra que se envió contra otros mas temibles enemigos, eternos inquietadores de nuestras costas, los holandeses. Esta escuadra, compuesta de setenta velas y de diez mil hombres de desembarco, que con grande esfuerzo había podido reunirse, y cuyo mando se dió al antiguo y acreditado marino don Antonio de Oquendo, tan pronto como llegó al canal de la Mancha tropezó con la de almirante mandés Tromp (setiembre, 1639). En el primer combate que tuvieron, ambas escuadras quedaron maltratadas despues de una récia pelea. Mas habiendo sido de nuevo acometida la armada española (21 de octubre), á pesar del ardor con que nuestros marinos pelearon por espacio de muchas horas, se vió completamente envuelta y derrotada por la escuadra enemiga; perdimos la mayor parte de nuestros bageles, ó apresados, ó incendiados, ó echados á pique, incluso el navío Santa Teresa, de ochenta cañones, en que iba lo mas escogido de los mos-

queteros de España, y que mandaba el valeroso marino don Lope de Hoces; de estos no se salvó un solo hombre. De los diez mil que formaban toda la fuerza naval, los ocho perecieron. Oquendo se refugió á Dunkerque con solas siete naves que pudo salvar. Los ingleses á pesar de la neutralidad que habian ofrecido, portáronse mas como enemigos que como neutrales: afirmase que hicieron fuego á nuestros navíos; los españoles se quejaron de traicion, y de las cartas mismas del almirante holandés se desprendia no haber sido infundado aquel cargo. Lo cierto fué que España perdió en aquel combate lo mejor de su marina, asi en hombres como en naves, y que nuestro poder marítimo sufrió este golpe mas sobre los que ya habia sufrido en los dos anteriores reinados (1).

No eran mas felices en las Indias las armas de España por este tiempo. Los holandeses, que ya en años anteriores se habian hecho señores de algunas provincias del Brasil, viéronse reforzados en 1638 con una escuadra que para sostener y ensanchar sus conquistas llevó consigo el conde Mauricio de Nassau, pariente del príncipe de Orange. No obstante la resistencia que procuraron hacer españoles y portugueses, ciudades y provincias enteras se fueron sometiendo al conde Mauricio. Solo en el sitio de la ciudad de San

(1) La Neuville, Hist. de Holanda.—Le Clerc, Hist. de las Provincias Unidas.—Limiers, Hist. del reinado de Luis XIV., tom. 1., libro I.

Salvador sufrió un descalabro que le obligó á retirarse precipitadamente sin esperanza de reducirla. Todavía hizo nuestra nacion en 1639 un nuevo esfuerzo para ver de arrojar del Brasil á los holandeses, enviando allá á don Fernando Mascareñas, conde de la Torre, con una flota de cuarenta y seis bageles y cinco mil hombres de desembarco, con mas las naves y hombres que habian de frseles incorporando en el tránsito. Todo hubiera ido bien, si á la mitad de la navegacion no hubiera infestado la escuadra una peste contagiosa que acabó con mas de la mitad de los soldados, llegando los demas á San Salvador estenuados y macilentos. No desfalleció por eso Mascareñas, y con la gente que le quedó y la que pudo juntar de diferentes puntos del Brasil reunió un ejército de doce mil hombres. Pero tambien la compañía holandesa de las Indias reforzó al conde Mauricio con otra flota, de que iba por el hábil marino Guillermo Looff. Varias veces chocaron las dos escuadras. En uno de los primeros combates pereció el almirante holandés, pero Jacobo Huighens que le reemplazó en el mando, buscó resueltamente nuestra armada para provocarla á una batalla decisiva. Y lo logró el intrépido flamenco tan á su gusto que ganó una victoria completa sobre nuestras naves; tan completa, que de toda aquella gran flota, á costa de tantos esfuerzos y sacrificios reunida, solo trajo Mascareñas á España, despues de mil penalidades y trabajos, cuatro galeones y dos na-

ves mercantes. Con esto y con el reciente desastre del canal de la Mancha quedaba aniquilado nuestro poder marítimo; la bandera naval española, en otro tiempo tan imponente, andaba como humillada por los mares, y milagro parecía poder armar todavía naves con que defender las costas de nuestros inmensos y apartados dominios (1).

La guerra que dejamos renovada con ardor en Italia á fines de 1639, continuó á principios del 40 siendo favorable al general francés conde de Harcourt, á quien se le fueron rindiendo diferentes ciudades y castillos (enero, 1640). El marqués de Leganés que habia puesto sitio á Casal, tuvo que retirarse atacado en sus posiciones por el ejército reunido de Francia y de Saboya, perdiendo seis mil hombres entre muertos y prisioneros (28 de abril). Victorioso el de Harcourt, pasó á cercar á Turin, donde se hallaba el príncipe Tomás con seis mil soldados y otros tantos ciudadanos que habían tomado las armas en defensa de su partido. Al socorro de la plaza y del príncipe acudió el marqués de Leganés con doce mil infantes y cuatro mil caballos, consiguiendo dejar al francés encerrado entre su ejército y el del príncipe, de modo que parecia imposible que pudiera escapársele. Pero el de Harcourt circunvaló

(1) Noticias de la Guerra del Brasil con los holandeses. MS. de la Biblioteca nacional, H. 58.—Memorias diarias de la guerra del Brasil por discurso de nueve años, empezando desde 1630, escritas por Duarte de Albuquerque. Madrid, 1654, un tomo, 4.º

su campo de una y otra parte con tales líneas de trincheras y tan fuertes, y las defendió con tal valor y maestría, que muchas veces intentaron forzarlas los españoles, y otras tantas fueron rechazados, alguna vez con pérdida de cuatro mil muertos (junio, 1640). Reforzaron despues Turená y Villeroy á los suyos; recibieron tambien los nuestros un buen refuerzo de napolitanos. Desesperado el de Leganés de poder forzar las trincheras francesas, se resolvió bloquear el campo enemigo, ocupando los pasos que le cerraban, para ver de reducirle por hambre. En efecto, á pesar de que Turená logró introducir con suma habilidad algunos convoyes, llegó á esperimentarse en el campo francés una estrema miseria. Pero no era menos desesperada la que afligía á la ciudad. Por esta razon el príncipe saboyano se arriesgó á hacer salidas arriesgadas, de que por lo comun se retiraba con mas pérdida que v.

El cardenal Richelieu no cesaba de recomendar al conde de Harcourt que no dejara de emplear todos los medios y aprovechar la ocasion de apoderarse del príncipe Tomás; pero el de Harcourt, que conocia mejor lo crítico de su posicion, y que por otra parte deseaba terminar la conquista, oyó con mas gusto las proposiciones de capitulación que el príncipe le hizo, y previas algunas conferencias ajustóse aquella (19 de setiembre, 1640), bajo las siguientes principales condiciones:—la plaza seria entregada á las tropas de

Luis XIII.:—las tropas de la guarnicion saldrian con todos los honores de la guerra:—los ciudadanos que quisieran salir con sus familias, armas y bagages, podrian seguir al príncipe ó tomar el camino que mas les acomodára:—las infantas de Saboya elegirian entre salir de la ciudad ó permanecer en ella, respetándoles todo su servicio, alhajas y muebles:—los españoles podrian reunirse al marqués de Leganés, llevando consigo dos cañones y dos morteros, con veinte y cinco cartuchos para cada pieza. El conde de Harcourt envió á cumplimentar á las princesas de Saboya, y á tranquilizar á los habitantes asegurándoles serian tratados con toda humanidad. Salió pues el 24 la guarnicion, compuesta de cinco mil infantes y dos mil caballos. El príncipe se fué á Ivrea: en el camino se encontró con el de Harcourt, y los dos generales se saludaron ligera y cortesmente. Asi perdió España este año en el Piamonte lo que en los anteriores habia ganado por tanto esfuerzo. El conde de Harcourt, que se habia visto entre dos respetables ejércitos, distinguidos por hábiles generales, alcanzó con este triunfo en toda Europa reputacion y fama de ser uno de los mejores generales de su siglo (1).

Mas prósperamente marcharon este año las cosas de España en Flandes. Con arreglo al plan de Riche-

(1) Soto y Aguilar, Anales, ad ann.—Leo et Botta, Hist. de Italia.—Le Vassor, Hist. de Luis XIII. —Limiers, Hist. du regne de Louis XIV., tom. I., lib. I.

lieu, el mariscal de la Meylleraie que debia atacar los Países Bajos por la parte del Mosa salió de Paris con un gran tren de artillería (22 de abril, 1640) camino de Meziers. Despues de un encuentro con las tropas españolas, en que estas destrozaron tres de sus regimientos, acometió la plaza de Charlemont: las lluvias le obligaron á abandonar este proyecto (mayo): el que luego intentó sobre Mariembourg fué frustrado por los españoles, que abrieron las esclusas: y por último, convencido y disgustado el rey de verle malgastar el tiempo sobre el Mosa, no obstante la combinacion que se habia procurado con el príncipe de Orange, dió orden para que se reuniera á los mariscales de Charme y Chatillon para que entre los tres emprendiesen el sitio de Arras. Esta plaza estaba poco preparada para sostener un largo sitio cuando se presentaron delante de ella los dos ejércitos (13 de junio, 1640). La guarnicion reducida á mil quinientos hombres de á pié y trescientos caballos. Los tres mariscales reunieron veintinueve mil y tres mil infantes y nueve mil ginetes, con los cuales comenzaron desde luego á levantar reductos, abrir fosos y á trabajar en otras obras de sitio. El cardenal infante de España, gobernador de Flandes, se puso en marcha con todas sus tropas y todos sus generales en socorro de la plaza. Los gefes franceses tuvieron entre sí muy fuertes altercados sobre el partido que deberian tomar, y el rey y su ministro Richelieu se fueron á Amiens para tener mas